

Msgr. Dr. Peter Wolf

San Pedro y San Pablo en Roma

Homilía de la fiesta de San Pedro y San Pablo

Belmonte 29.6.2014

Queridos hermanos de la Presidencia General:

Para la mayoría de nosotros será la primera vez que celebremos la fiesta de San Pedro y San Pablo en Roma. También para mi es una alegría especial, celebrar mi santo en esta ciudad, donde se venera a mi gran santo patrón, junto con el apóstol de los pueblos desde hace siglos.

Celebramos la fiesta de San Pedro y San Pablo en la ciudad de sus anhelos y sus martirios.

Su patria queda lejos, al Este, en Oriente Próximo. Pedro había nacido en Cafarnaun y tenía su hogar como pescador el lago, donde el Señor lo encontró y subió literalmente y en sentido figurado a su barca, a la barca de su vida. Desde su barca de pescador quiso Jesús alcanzar a los hombres, a muchos hombres. A él le confió la construcción de su Iglesia y le concedió el nombre de Petrus, piedra, al que hasta entonces se llamaba Simón. Pablo había nacido en Tarso, estudió en Jerusalén y era escriba. Tras la muerte y resurrección de Jesús, arremetió contra los partidarios de Jesús para pararlos en su “nuevo camino”. Antes de Damasco se le puso el Señor en el camino e hizo de él, su enemigo, uno de sus más importantes mensajeros, el apóstol de los gentiles.

Ambos, Pedro y Pablo, ardían por Jesús. En Pedro encontramos las palabras: “Tu sabes que te quiero”. En Pablo escuchamos la confesión: “Ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí”. Para ambos Jesucristo fue tan importante, que quisieron traer su mensaje a Roma, la metrópoli del mundo de entonces.

Me imagino, cómo peregrinaron hacia Roma, Pedro y unos años más tarde, Pablo, por la vía Apia, procedentes del mar. Es casi seguro que eligieron ese camino. Otros caminos eran muy peligrosos y uno no sabía cuándo le iban a atracar. La vía Apia estaba protegida para el comercio y el ejército. Estaba fortificada y hasta el día de hoy se ven en muchos lugares las piedras. Hace muchos años peregriné a Roma con mi hermano de curso, Ignazio Sanna, que ahora es arzobispo de Cerdeña, por el mismo camino ancestral. Queríamos renovar el espíritu y para ello peregrinar conscientemente por el mismo camino que habían recorrido Pedro y Pablo. Lucas describe en los Hechos de los Apóstoles la llegada del apóstol Pablo y cómo le salieron al encuentro cristianos de Roma, para recogerlo. Nosotros queríamos adentrarnos en su experiencia, en sus sentimientos al entrar en la ciudad. A izquierda y

derecha de la vía Apia Antita descubrimos muchos monumentos, de los cuales algunos quizá bordearan el camino en aquel tiempo. Allí todo está impregnado del predominio de la religión pagana y de la grandeza de los emperadores romanos. No se puede imaginar allí ninguna iglesia cristiana en los tiempos de Pedro y de Pablo. Un pensamiento nos movía cada vez con más fuerza: ¿Qué llenaría interiormente a un Pedro y a un Pablo, cuando se adentraban por esta calle en esta ciudad con un ánimo tan distinto? Qué grande tiene que haber sido su emoción por la misión para dirigirse a esta ciudad, a la vista del predominio de otras influencias.

Roma se convierte en la ciudad de su última predicación y de su martirio.

Sobre la predicación del apóstol Pedro hay solo testimonios posteriores. Pero podemos deducir, que con su ejecución se quería parar su predicación. Pedro fue ejecutado en el Circo de Nerón, en la zona actual del Vaticano y enterrado, muy probablemente, junto a la muralla que lo circundaba, como prueban investigaciones arqueológicas. Sobre su tumba y el cementerio adyacente, donde nunca se pudo construir, edificó el emperador Constantino la basílica de San Pedro, de manera que la tumba se encuentra hasta el día de hoy, en el centro de la iglesia.

Pablo llegó a Roma como prisionero, según el derecho civil romano y encontró en la judería una vivienda donde anunciaba el mensaje de Jesucristo. Poco tiempo después fue decapitado en la zona de Trefontane y enterrado en el gran cementerio extramuros de la ciudad, donde hoy se encuentra la basílica de San Pablo extramuros. Fue también el emperador Constantino quien construyó una iglesia sobre su tumba. En el prelude del Año Paulino se buscó bajo la basílica la tumba de Pablo y, efectivamente, se descubrió.

Durante siglos han llevado los caminos de peregrinación a Roma a las tumbas de los apóstoles. Han dado fama y fuerza de atracción a la ciudad hasta hoy. Ninguno de los grandes emperadores y los famosos estrategas traen a la ciudad tantos visitantes como estos dos.

Los dos santos del día tienen desde el principio derecho de domicilio en nuestro santuario *Matri Ecclesiae*.

Lo consiguieron en el santuario original en las figuras de los apóstoles Pedro y Pablo. Allí remplazaron a finales de 1939 a los ángeles orantes a ambos lados del tabernáculo, que ahora tienen derecho de domicilio en la casa de los padres, en Sión. Desde entonces hacen guardia bajo el cuadro de la Madre Tres veces Admirable, que se convirtió así a la vez en Reina de los apóstoles, según deseo de los Pallottinos. Habrán encontrado una diferencia con respecto al santuario original. Mientras que a Pablo se le representa aquí, como allí, con el libro y la espada, tiene San Pedro aquí una bola de oro en la mano, en vez de un libro. No debe ser entendida como la bola del mundo o como manzana del reino, sino, a petición de las donantes, como un símbolo de "Schönstatt", de quien nuestro padre decía, que es como una bola misteriosa, que puede mirarse desde todos lados y siempre se descubren en ella

nuevos aspectos. La valiosa bola de oro en la mano de Pedro significa que Schönstatt es un regalo para la Iglesia y quiere ser el correspondiente sucesor de San Pedro. A su vez acentúa en nuestro santuario, que estamos llenos de esperanza, de que el Santo Padre reconozca a Schönstatt como un regalo y se les revelen a él y a los obispos de la Iglesia nuevos aspectos de esta bola. Belmonte debe ser un lugar donde muchos en la Iglesia mundial conozcan Schönstatt como una obra diversa y aprendan a valorarla para el futuro de la Iglesia.

Como a Pedro y a Pablo le urgía a nuestro padre llegar a la ciudad de

Él quería ir a Roma. No vino de turista, ni siquiera antes como peregrino, sino que vino como fundador. Había crecido en él el convencimiento que toda la vida que había dejado irrumpir la Santísima Virgen en torno al pequeño santuario en Schönstatt, más allá de los muros del internado, y de la provincia de los Pallottinos, tenía importancia para la Iglesia. Ya el envío de las primeras Hermanas de María a África y Latinoamérica, y más tarde los contactos internacionales de nuestro padre en el campo de concentración de Dachau, habían puesto su mirada en lo internacional y con ello, en el centro de la Iglesia universal. Tras su regreso de prisión, señaló un triple objetivo: “A dentro de la Iglesia, a dentro de lo internacional y a dentro de la ciencia”

En 1947 se puso en camino hacia Roma. Quería ver al Papa y buscó personalmente un terreno para un santuario de la MTA en la ciudad santa – ya en 1947. Se trata para él de la integración de Schönstatt en el sistema de circulación de vida y en las estructuras de la Iglesia. Más tarde, en una mirada retrospectiva a esta visita, habló de “Marcha a Roma”, apoyándose y derrocando el “marcha sobre Roma” de Mussolini. A lo largo de su vida estuvo ocho veces en Roma, la ciudad de los apóstoles y los Papas.

Nos hemos puesto en camino hacia Roma, como Presidencia General, porque a nuestro padre le urgía esta ciudad. Estamos aquí, porque él estuvo aquí. Celebramos hoy la fiesta de los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo en Belmonte, porque él estuvo tres veces en este terreno – claramente lleno de esperanza de que algún día su familia estaría presente con un santuario y una procuraduría de sus comunidades en Roma.

Se alegró enormemente del regalo. “Este regalo lo aceptaría con gusto”, dijo, cuando se le preguntó antes de dar el paso, si se hacía lo correcto con el regalo. Este hombre estaba satisfecho de que otros le ayudaran a hacer presente Schönstatt para la Iglesia, entregando su rostro dentro de la Iglesia. Estaba satisfecho de poder hacer presente aquí el santuario de la Santísima Virgen y con él la fuente de gracias, por la que se lo jugaba todo lo que podía y debía pasar en la renovación de la Iglesia.

Estamos aquí como Presidencia General, para entregarle a nuestro padre fundador la Domus Pater Kentenich. Queremos expresar en este día nuestra corresponsabilidad, de llevar este regalo, que otros le entregaron antes que nosotros. Estamos aquí para asumir esa responsabilidad y expresarla con todo nuestro desvalimiento y nuestros límites que vemos, sentimos y padecemos con los ojos abiertos. Solicitamos en esta eucaristía gracia y bendición para poder cargar con esta responsabilidad, que sea una bendición que comenzó aquí: que este Belmonte llegue a ser realmente el rostro de Schönstatt dentro de la Iglesia.

Que este Belmonte llegue a ser realmente un lugar donde nuestro padre nos pueda hablar con sus pensamientos, con sus sugerencias, con su camino espiritual que se ha abierto en su derredor en Schönstatt, cuyo centenario celebramos en este año.

Nos encontramos en una hora importante y en una gran responsabilidad. Por eso pidamos la bendición de Dios en esta eucaristía en la fiesta de aquellos dos, cuyo compromiso con la Iglesia les costó la vida, Pedro y Pablo. Que ellos sean nuestros intercesores en este día, en este santuario. Amen

Original: alemán. Traducción: Maria Paz Leiva, Madrid, España